

Las paridades de la Liga de fútbol

J. A. SANTOS
ARRARTE

Profesor de
Economía. CEES



“Imaginemos una Liga virtual en la que destacan dos equipos: el primero, por su productividad goleadora y senda de crecimiento, es el *Madrid*. Viene incurriendo en déficit por su ritmo de gasto y necesita un *aterrizaje suave*. En concreto, su plantilla de 26 jugadores tiene un valor de mercado de 59.500 millones (2.288 millones por jugador).”

Como escribimos desde Madrid, resulta casi inevitable imaginar que el otro equipo es el *Barcelona*, con gran potencial de crecimiento por su saneada situación económica. Su plantilla de 25 jugadores tiene un valor de mercado de 54.600 millones de pesetas, lo que da una cifra media de 2.184 millones por jugador.

Comparando las cifras medias de cada club (2.288/2.184) se alcanza una relación de paridad de 1,047 unidades de *merengue-dólar* por cada unidad de *euroculé* (y no es una manera de señalar trayectorias, porque entonces diríamos *culeuro*), es decir, la situación refleja una superioridad blanca de casi un 5%. No obstante, casi todas las estimaciones coinciden en que esta paridad no es realista y que la evolución más probable a corto plazo sería una subida del *euroculé*, puesto que:

1. El *Madrid* debería enfriar su *recalentamiento*, es decir, vender algunos jugadores en el apogeo de su valoración y promover a las jóvenes promesas de la cantera, de forma que el valor de mercado de su plantilla podría bajar hasta los 50.000 millones o 1.923 millones de media por jugador.

2. El *Barcelona* podría acelerar su recuperación fichando a tipos de gran interés y subir la valoración de su plantilla hasta los 60.000 millones de pesetas, o 2.400 de media.

Si todo ello ocurriese, la nueva paridad debería situarse en las 0,801 unidades de *merengue-dólar* por *euroculé* (1.923/2.400), es decir, debería reflejar una inferioridad blanca de casi el 20%. Con esta esperanza han soportando los barcelonistas las recientes inclemencias cambiarias, pero ya parece claro que tal cosa no sólo no ha ocurrido, sino que incluso ha habido que intervenir para apuntalar al *euroculé*.

Las explicaciones sobre tan inesperada debilidad aluden a la “brecha de crecimiento” entre las economías de ambos clubes, expresión que indica que no hay nada que hacer mientras el *Madrid* reciba financiación y gane títulos, lo que le permite continuar los fichajes de jugado-

res consagrados y ceder a las promesas para recuperarlas más adelante.

Sin embargo, estas explicaciones quizá no reparan en algunos temas estructurales. Por ejemplo, con motivo de la globalización, las políticas exteriores de los clubes se han convertido en elementos de referencia de los mercados y se han incorporado a las expectativas con una importancia decisiva.

Así, en la llamada *Casa Blanca*, han recomendado a los clubes de su órbita, que son aquéllos con los que se tienen unas relaciones locales de rivalidad histórica no exentas de sinsabores, la práctica de virtudes como la ortodoxia y la gimnasia, o sea, austeridad y dolarización. Pero que no esperen por ello ningún tipo de integración monetaria, porque ésa es otra conversación.

Por el contrario, en lo que podríamos llamar *Can Bruselas* se han establecido unos mínimos de aplicación más política que económica para facilitar el acceso a una unión económica y monetaria de los clubes de su entorno, e incluso se ha fijado un calendario para dichas incorporaciones, aunque sin concretar en exceso la agenda de posibles y probables. Un proceso tan importante, que además se realiza con relativa sordina y cierto déficit democrático, no puede dejar de tener un impacto en los mercados.

Es como si el *Barcelona* procediese, a la integración por absorción a medio plazo del *Español* (los *periquitos* tienen una plantilla de 27 jugadores con valor de mercado de 17.500 millones) y, a un plazo más largo, del *Numancia* (la plantilla de los de Los Pajaritos es de 25 jugadores con valor de mercado de 9.550 millones).

La entidad resultante, que podría llamarse *Barcencañol*, tendría una plantilla de 77 jugadores con un valor de mercado de unos 87.050 millones, con una media por jugador de 1.130 millones de pesetas. En un escenario en el que se descuenten todas las expectativas, tanto las de corto como las de medio y largo plazo, la paridad teórica resultante sería de 1,701 unida-

des de *merengue-dólar* por cada *euroculé* (1.923/1.130). La paridad debería reflejar una superioridad blanca no ya del 5%, sino del 70%; cifra bien distinta de la inferioridad blanca del 20% obtenida al considerar sólo las expectativas a corto.

En resumen, la estimación de las paridades puede partir de las expectativas de evolución de la oferta y demanda efectivas que se canalizan a través de las balanzas de cuenta corriente y capitales, o de las de la oferta y demanda potenciales basadas en las respectivas disponibilidades líquidas, y otorgando por tanto una mayor o menor importancia a las tasas de inflación o a los tipos de interés. Pero, cualquiera que sea el enfoque, el resultado debe reflejar en última instancia y a medio plazo, como tipo de cambio de equilibrio, el nivel respectivo de productividad media de las economías comparadas. Y ello porque cada divisa es un depósito de valor que representa el poder adquisitivo generado en y por la unidad económica correspondiente.

La evolución de la paridad se debe estimar con criterios de corto plazo cuando las unidades comparadas tienen un perímetro estable. Pero cuando, como es el caso, uno de los perímetros comparables está en fase de ampliación, entonces el sano realismo aconseja que esas estimaciones tengan también en cuenta las mutaciones estructurales en proceso.

Quizá esto explique la contumacia del mercado en preferir “pájaro recalentado en mano a 52 periquitos y pajaritos volando”, o de que la opinión británica mayoritaria considere que la libra se incorporará al euro hacia 2010, cuando se haya completado la mayor parte de la ampliación, con la consiguiente flotación de las paridades hasta hallar su nivel apropiado.

Por último, y para concluir con el habitual *disclaimer*, afirmar que ninguna de las entidades, paridades o porcentajes mencionados, o sus peripecias virtuales, tienen relación con las que puedan existir en la vida real.